

FUENTES

SAN MÁXIMO EL CONFESOR: *CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD*

INTRODUCCIÓN³⁶⁹

Presentar la obra de un Padre es siempre una tarea difícil, pues consiste en tornar acequible al hombre de hoy un pensamiento elaborado hace ya más de un milenio, con un lenguaje que muchas veces no es lo suficientemente claro, sin embargo es también una tarea fascinante, pues en él se descubre una savia que trasciende el tiempo y que pone de manifiesto que el hombre mientras camina en la historia va viviendo las mismas experiencias, que en definitiva todo hombre, más aún si vive de su fe, se dirige hacia la misma meta. Tal es el caso de san Máximo el Confesor, monje del siglo VII que nos legó un rico patrimonio teológico y espiritual; en el cual se descubre el testimonio de una fe viva y de un verdadero amor a Dios.

Las *Centurias sobre la Caridad* que ahora presentamos, obra de su juventud, están editadas en la *Patrología Griega* de Migne t. 90 cc. 959-1074. Para la traducción se ha seguido esta edición, ayudados de la francesa publicada por Joseph Pegon, SJ, en la colección *Sources chrétiennes*, París 1943.

1. El autor

San Máximo nace en Constantinopla hacia el año 580. De ilustre familia, alrededor de los 30 años es llamado a servir en la corte del Emperador Heráclio, pero entre el 613 y el 614 decide dejarlo todo y entra en el monasterio de Crysopolis frente a su ciudad natal. Años más tarde con la invasión persa se cierra su monasterio, y comienza para Máximo un largo peregrinar. Pasa varios años en África en compañía de Sofronio, luego Patriarca de Jerusalén, el cual había sido compañero de Juan Mosco (+ 619) el autor del “prado espiritual”. Junto a Sofronio combate las herejías monofisita y monoenergista. Este trabajo le permitirá a su vez ir puliendo las doctrinas espirituales de sus maestros. Tenemos con Máximo un vivo ejemplo de cómo la dogmática puede nutrir una doctrina espiritual. Entre los años 633-641 está en relación con Phyrro, contra él debate. En el 646 se lo ve en Roma participando del Concilio de Letrán presidido por el Papa Martín I. Luego en Constantinopla en compañía de sus dos discípulos Anastasio y Anastácio el apocrisario de Roma. Allí es sometido entre los años 654-655 a un primer interrogatorio acerca de la fe. Luego en Bysias se lo vuelve a interrogar y se convoca una conferencia sobre las dos voluntades de Cristo. Por fin el 14 de septiembre del 655 es condenado al exilio y a prisión. En el 662 se lo somete a un último interrogatorio, en todos ellos había sabido defender rectamente la fe ortodoxa, sin embargo vuelve a ser condenado al exilio, esta vez perpetuo, donde muere víctima de los malos tratos recibidos el 13 de agosto del mismo año.

El período que le tocó vivir se caracterizó por las fuertes convulsiones que sacudieron a la cristiandad oriental. Desde el concilio de Calcedonia (451) la Iglesia y el Imperio venían padeciendo las divisiones producidas por las querellas cristológicas. Los “calcedonianos” que habiendo suscripto al *Tomo* de Flaviano (13-6-449) del Papa san León Magno, defendían la verdadera fe, se vieron pronto atacados por quienes persistían en defender la doctrina del monje Eutiques –monofisismo–. Este enfrentamiento dio como resultado el nacimiento de nuevas iglesias, pues se unía al problema doctrinal, el deseo de afirmación y de reacción de ciertos territorios, ante la hegemonía de Constantinopla.

³⁶⁹ Hno. Agustín Costa, OSB. Monasterio San Benito. Luján – Argentina.

Por otro lado, después de la muerte de Mahoma (631) comienza la expansión del Islam. La guerra santa “dijad”, convoca las fuerzas de las tribus árabes hacia la zona del Levante. Poco a poco van cayendo los grandes centros de la Cristiandad: Alejandría, Jerusalén, Antioquía, lo cual provoca la necesidad de unificación de los cristianos, tarea que se impone el Basileo Heráclio, y con este fin busca afianzar la unidad religiosa del imperio. Sergio, Patriarca de Constantinopla, propone a tal fin una profesión de fe que sirva de lazo de unión entre calcedonianos y monofisitas. De allí surge el “monoenergismo” que reconoce en Cristo una sola energía o actividad. Luego de la publicación de la *Ekthesis* (634) edicto dogmático de Heráclio, Máximo toma conciencia del peligro inherente a esta doctrina y se embarca en la tarea de combatirla, tarea que consumirá sus fuerzas hasta que entregue por fin su vida.

San Máximo es sin duda el gran teólogo de Constantinopla. Con él llega a su madurez el pensamiento de los alejandrinos y los capadocios. Su gran equilibrio doctrinal se debe a que él de forma sistemática, corrige el platonismo imperante en los Padres con Aristóteles. Su espiritualidad quiere ser una síntesis armoniosa del pensamiento de Evagrio Pónico y del Seudo Dionisio Areopagita, al cual comenta y profundiza. Él deja las bases para la posterior teología bizantina, que recién con Simeón el Nuevo Teólogo alcanzará nuevamente prestigio y originalidad.

2. La doctrina

San Máximo nos presenta en las Centurias una doctrina espiritual que sitúa al hombre en una dinámica ascensión hacia Dios. En el centro de este dinamismo, como su fuerza nutricia, coloca la caridad.

El amor de Dios atrae e impele al hombre a trascenderse, a lanzarse hacia el lugar en que Dios habita, de este modo la caridad es la fuente única de donde mana el “deseo ardiente” que dirige y modela toda la vida espiritual

Este dinamismo, en el que se enraiza la caridad, está inscripto en la misma naturaleza humana, responde al llamado creador de Dios que saca los seres de la nada para hacerlos partícipes de su ser. La creación –nos dice el Confesor– es un acto libre del Dios Trino, que en su infinita bondad crea todas las cosas. Siendo Dios la plenitud absoluta no crea por necesidad sino para que las creaturas llamadas por Él a la existencia “fuesen felices de tener parte en su semejanza”, así, Dios mismo se goza “de la alegría de sus creaturas, mientras que ellas beben inagotablemente del Inagotable” (3,46).

Sólo la libérrima generosidad del Dios bienaventurado da razón de la creación. Su Sabiduría permanece incomprendible al hombre, el cual, ante su “infinitud absoluta”, “ante este mar infranqueable y tan deseado” (4,1), sólo puede admirarse y preguntar: ¿Cómo han llegado a la existencia todas las cosas? La respuesta de Máximo se detiene a contemplar la esencia divina, encontrando en ella la posibilidad de la creación: porque ella es “sola, simple, única, sin cualidad, pacífica y estable, infinita, omnipotente”, puede crear todas las cosas “compuestas y mutables” las que dependen “sin cesar de su Providencia” (4,9).

En la creación el hombre ocupa el sitio de honor, pues, ha sido creado “a imagen y semejanza” de su Hacedor. San Máximo establece aquí una distinción de suma importancia: la creatura racional participa del Creador tanto por su “ser mismo”, lo cual corresponde a la imagen, como por su “aptitud a bien ser”, y en esto consiste la semejanza.

Encontramos en la naturaleza del hombre una capacidad dinámica que lo orienta hacia Dios, que lo mueve a asemejarse a Él. La perfección de esta misma naturaleza radica en la transformación de este dinamismo –éros– en ágape, pues, será perfecta cuando ésta “potencia (*dynamis*) de

pasión se haya vuelto completamente hacia Dios” (3,98).

La “semejanza” hace que el hombre sea libre, esta libertad le fue dada como tarea, depende de él el ser “moralmente bueno o malo”, de la dirección de su voluntad. Su naturaleza es intrínsecamente buena, ella procede de la bondad de Dios, participa de esa bondad. El mal tiene su origen en los “movimientos falsos e irracionales” de esa misma naturaleza, dado que, junto a la aptitud a la bondad y a la sabiduría las creaturas, que no tienen el ser más que por participación, presentan sus cualidades contrarias: “al lado del ser la nada, al lado de la aptitud a la bondad y a la sabiduría, la malicia y la ignorancia”. Ahora bien, mientras que la permanencia en el ser depende de la libre voluntad del Creador, “depende de la voluntad de los seres racionales participara no de la Bondad y de la Sabiduría divinas” (3,28; cf. 3,38; 4,11. 12). Por el uso racional de su libertad el hombre colabora en la obra de Dios “a fin de que lo que El es en si por esencia, su creatura lo llegue a ser por gracia... siendo buena, por Aquel que es bueno, siendo sabio por Aquel que es sabio, asemejándose así por gracia a Aquel que es bueno y sabio por naturaleza” (3,25).

Veamos ahora, aunque sucintamente, los pasos a recorrer en este camino hacia Dios.

2.1. El combate espiritual

¿Qué impide al hombre dirigirse libremente hacia Dios? San Máximo es rotundo: sólo el pecado aprisiona al hombre, su raíz es la “philautía”, es decir, el egoísmo.

Hay un amor de sí bueno y laudable, Máximo no lo desconoce, más aún, lo incorpora a la perfección de la caridad³⁷⁰, de lo que se trata aquí es de la “pasión cuyo objeto es el cuerpo” (2,8), de esa “inclinación pasional” que se opone a la caridad y al dominio de sí.

La “philautia” consiste en “una amistad (*philia*) irracional al cuerpo”, que engendra los pensamientos pasionales “primeros y fundamentales: glotonería, concupiscencia, vanagloria” (2,59), de ellos nace todo el cortejo de los vicios que encadenan el espíritu a los objetos materiales “reteniéndolo” sobre la tierra, a él, que por su naturaleza es más ligero y vivo que el fuego (cf. 3,56). Sólo un amor más fuerte lo podrá librar. Sólo el “amor de Dios” le hará despreciar los objetos materiales e incluso la vida temporal” (cf. 2,3).

Máximo está lejos de cualquier forma de maniqueísmo. Comentando *Ef 5,29* y *1 Co 9,27* dice refiriéndose a la carne: “Esto es amarla pero sin pasión, conservarla pero como simple senadora de las cosas divinas, alimentarla pero solamente para que satisfaga sus necesidades” (3,9), haciendo de ella “un auxiliar de los bienes superiores”, guardándola tanto del placer como de la enfermedad (1,21).

El hombre ha de unificar todo su ser por el amor. Según lo que él ame hacia allí se dirigirán todas sus fuerzas: si ama a Dios –caridad– se esforzará por hacer todo lo que le agrada, y aquí, dice Máximo, hasta la “codicia” da fuerzas al “amor ardiente por Dios” (cf. 2,48). Si en cambio ama la carne –egoísmo– se esforzará por cumplir lo que la deleita (3,10). El espíritu vuelto hacia Dios esclaviza su cuerpo, cuando vuelve hacia la carne se hace esclavo de ella.

El combate espiritual debe seguir dos “vías” siempre paralelas: ¡a práctica y la teórica. Por la primera el espíritu progresa hacia la prudencia; inicia su trabajo con el dominio de sí “enkráteia” y su recompensa es la paz interior “apátheia”, la que es asimilada por Máximo a la pureza del alma. De allí surge el discernimiento del bien y del mal diacrisis” (cf. 2,25. 26; 4,91). La vida teórica a su vez tiene como principio la fe y su fin es el conocimiento “gnosis”. Y el amor de Dios (2,25; cf. 4,91). “Apátheia” y “gnosis” introducen al espíritu en el “Reino de los cielos”

³⁷⁰ Cf. I. HAUSHERR, *Philautie*, Roma 1952, pp. 49-51.

(2,34), pues la paz interior, junto con la humildad, está al servicio del conocimiento “sin ellas jamás se verá al Señor” (4,58); es a los puros de corazón que está reservada esta visión.

La impureza del espíritu, dice san Máximo, consiste en primer lugar en “un conocimiento falso” que engendra el principal vicio del alma: la ignorancia. De ella se sigue el pensamiento pasional y por fin el consentimiento al pecado. El alma es impura cuando no obra de acuerdo a su naturaleza, los pensamientos pasionales entonces, turban su quietud, en cambio cuando sus “potencias pasionales –irascible y concupiscible– frente a los objetos y a sus representaciones, permanecen en paz”(3,35) se comporta según su naturaleza racional

A este estado no se llega sin dificultad, se trata de un verdadero combate en el que tienen parte “ángeles y demonios”. En esto Máximo es fiel testigo de la Tradición del desierto. Los demonios son los adversarios infatigables del asceta. Los ángeles son su ayuda. Ambos encuentran sus colaboradores en la misma naturaleza humana: los ángeles nos empujan al bien y para ello cuentan con las tendencias profundas de nuestra alma y con nuestra buena voluntad. Los demonios en sus ataques son secundados por las pasiones y la mala voluntad (3,93). Ellos atacan utilizando los objetos materiales y esto de dos formas diferentes: por ellos mismos o por sus representaciones pasionales; a los que están separados de ellos los atacan de esta última forma (cf. 2,71). Por eso el pecado de pensamiento es más fácil y el combate contra él más duro que la renuncia a esos mismos objetos (2,72), pues, las representaciones se encuentran en el espíritu, es él el que debe purificarse (2,73). Quien abusa de los pensamientos, abusará también de las cosas (cf. 2,78).

Todo el trabajo ascético radica en purificar la raíz de las acciones (cf. 2,35. 36. 37). De este modo San Máximo dirige todo su empeño hacia el combate interior, buscando “simplificar” los pensamientos, es decir “tornarlos sin pasión” (2,84). Esto se verifica cuando el espíritu guarda su paz ante las imágenes o el recuerdo de los objetos materiales (cf. 1,91; 4,54), cuando estas mismas representaciones surgen en su simplicidad (1,93); alcanzando el alma la “verdadera sabiduría”(cf. 2,64), su más íntima pureza.

Para que el hombre armonice su ser deberá llevar las pasiones al ámbito de la razón. Siguiendo el camino de los preceptos dados por el divino Maestro (1,77; cf. 4,56. 81), aprenderá a “usar razonablemente” de las cosas indiferentes; así, el alma se despoja de sus malas pasiones y se purifica. Las pasiones son un “movimiento contra natura” (2,16) cuando son un “amor sin razón” o una “aversión irreflexiva”. “Nada es malo –dice el Confesor– entre las criaturas de Dios” (3,3), no se trata entonces, de sublimar fuerzas oscuras sino de ordenar todo el ser hacia lo divino (cf. 3,72), de encontrar la luz más allá de la herida, ella sí oscura, dejada por el pecado y dirigirse hacia su fuente, hacia la Luz.

La vida teórica concurre a este trabajo de purificación. La ascesis no es un mero ejercicio exterior, una disciplina de la carne, sino también, un paulatino volver el espíritu hacia el interior. La misma contemplación va “despojando” al espíritu. La “Teología”, conocimiento del misterio de Dios, supone haber pasado por diversos grados de “gnosis”, que por su parte representan sucesivas purificaciones. En efecto, el espíritu se despoja de las representaciones cargadas de pasión por la contemplación espiritual de las “cosas visibles”, de ellas investiga cuál es su naturaleza, su significación o su misma causa. A su vez, trasciende este grado por el conocimiento de las “realidades invisibles”, de las que quiere conocer su naturaleza, la causa de su existencia y sus consecuencias, cómo actúa la Providencia y el juicio divino sobre ellas. Por último, el conocimiento del “Dios Trino” despoja el espíritu de todo otro conocimiento, pues, cuando llega a él: “inflamado por el deseo, quiere ante todo conocer su esencia, pues no encuentra consuelo en nada que no sea Él” (1,100).

El “entrenamiento del cuerpo –dice Máximo– es provechoso para poco, la piedad es útil en todo” (4,63), ella consiste “en practicar la castidad, la longanimidad, la bondad, la humildad, más aún: la contemplación, el conocimiento de Dios, la oración” (4,64). Estos son los

instrumentos que han de purificar lo íntimo del hombre, haciendo que allí resplandezca la luz de Dios, cuando la caridad, manteniendo en la calma las “potencias de pasión” haga que la luz del alma conserve siempre su esplendor (cf. 4,79).

Las diversas partes del alma se pacifican al realizar aquello para lo cual fueron creadas por Dios. Por la virtud de la “justicia” se debe dar a cada una lo que le conviene: “a la parte racional, lecturas y contemplaciones espirituales y oración; a la irascible, amor espiritual adversario del odio; a la concupiscible, la castidad y la temperancia; a la come, alimento y vestido, únicos indispensables” (4,44).

De este modo el alma vive en conformidad con su “naturaleza racional”, pues, sus movimientos son racionales “cuando su parte concupiscible está comandada por la temperancia, la irascible, fija en la caridad y la racional cuando permanece junto a Dios por la oración y la contemplación” (4,15; cf. 4,45).

Vivir según la razón, amar racionalmente: he aquí el programa que se propone realizar San Máximo y al cual nos invita. Para que ello se realice la “naturaleza racional” debe estar por una parte sometida al Verbo divino y por otra ordenar su parte “irracional” (cf. 2,83). Sin embargo, éste no es aún el fin “télós” de la vida del cristiano, no basta haber suprimido las pasiones y simplificado los pensamientos, lo que importa es volverlos enteramente hacia lo divino (cf. 3,68) y en esto radica la perfección “teleiosis”, en su forma dinámica. Se trata en definitiva de aprender a amar, como el Señor, hasta el fin “eís télós” (Jn 13,1).

2.2 *Apátheia, Gnosis y Ágape*

La idea de perfección hacia la que se dirige todo el esfuerzo del monje gira en torno de estos tres conceptos: “apátheia”, “gnosis” y “ágape”, que sin confundirse se implican mutuamente. San Máximo en una Centuria condensa la íntima relación que se establece entre ellos, nos dice: “Como la luz del sol atrae al ojo sano, así el conocimiento de Dios atrae naturalmente, por la caridad, al espíritu puro” (1,32). Ciertamente aquí no menciona la “apátheia”, pero él tiende a identificarla con la pureza del espíritu que es su efecto primero.

“La apátheia es un estado de paz del alma. Estando allí difícilmente puede ser llevada al mal” (1,36). De ella fluye la perfecta libertad de los hijos de Dios, que una vez enraizados en el bien son atraídos por él y lo siguen naturalmente, es decir, siguiendo el movimiento de su naturaleza purificada por el cumplimiento de la nueva ley, cuyo núcleo son la renuncia a la propia voluntad y el amor a Dios y al prójimo.

Para Evagrio Póntico la “apátheia” es la salud del alma que vuelve a su lozanía primigenia, al estado del “Adán apathés”; de ella nacen el conocimiento y el amor. Máximo es aquí fiel discípulo del Filósofo del desierto.

La paz interior es indispensable para que el espíritu pueda lanzarse, sin temor de ser arrastrado por la fuerza de las pasiones, al conocimiento de las realidades celestes, hacia la contemplación de la Santísima Trinidad (cf. 1,85. 86. 94).

La “gnosis” sigue a la “vía de la acción”. Una vez que ha trascendido el conocimiento de las creaturas –visibles e invisibles– no busca sino conocer la “esencia divina”. Ahora bien, este conocimiento del “Rostro” de Dios, es inaccesible a toda naturaleza creada, sólo sus atributos pueden ser conocidos mediante la acción del Espíritu Santo (cf. 2,26). Sólo su “eternidad, su infinitud, su invisibilidad, su bondad, su sabiduría y el poder con el que crea, cuida y juzga las cosas” son cognoscibles al hombre. Todo esto, y sólo esto, es perfectamente comprensible en Él; sin embargo, esta “incognoscibilidad” es un “conocimiento que trasciende el espíritu” (cf. 1,100). San Máximo, en el lenguaje apofático del Seudo-Dionisio Areopagita, nos dice, que el

espíritu es perfecto “cuando gracias a una fe verdadera, posee en la super(*hyper*)ignorancia, el super (*hyper*)conocimiento del super(*hyper*)incognoscible “ (3,99).

Conocer en la ignorancia a Dios coloca al hombre en el “umbral” del conocimiento que anhela alcanzar, pues, contemplando los atributos divinos conoce como en un espejo (1,96). La esencia de Dios, infinita y absoluta, permanece oculta a su finitud y contingencia, permanece como fuente de deseo. Es en esta tensión, en la pobreza de lo aún no alcanzado, que el creyente conoce la insondable riqueza de Dios.

Aquí es donde se experimenta que “el conocimiento tiene necesariamente necesidad de la caridad” (4,62), en primer lugar para darle “alas” que lo lleven hacia Dios librándolo con su luz de la vanagloria (cf, 1,46. 47), de la presunción y de la envidia, como también de la concupiscencia (3,63. 64. 65). Así apartada el alma de la ignorancia se ilumina (cf. 1,33) y experimenta, libre de pasiones, ¡a alegría del amor divino (cf 1,34) que la visita y la instruye. Es esta luz del amor la que torna posible el conocimiento, la que revela la presencia de Cristo en el alma; ella vivifica la fe con la savia nueva de la vida divina.

“Puesto que la vida del espíritu es la luz del conocimiento, y que es el amor de Dios quien produce esta luz, rectamente se afirma que no haya nada mejor que el amor divino” (1,9). En qué consiste esta luz del amor? El P. Spicq comentando (*Jn* 14,18-19) en donde se promete a los discípulos que verán al Señor, aunque el mundo no lo vea, dice que se trata no de una aparición visible, sino del “efecto de su presencia”; “Sise habla de iluminación, ella es de orden espiritual; y si el v. 19 evoca aún una visión, es en el sentido en que la lengua hebrea traduce por este término el conocimiento, aquí de orden afectivo y no especulativo, y aún menos físico: de los ojos de carne. Finalmente, el sentido es: en virtud de la caridad; tendréis la certidumbre íntima, sabrosa y reconfortante de mi presencia”³⁷¹. Es esta certeza la que nos arroja a la búsqueda serena del Dios oculto, es por ello que Máximo puede afirmar que “la caridad es una disposición del alma por la cual ésta aprecia más el conocimiento divino que cualquier otra cosa” (1,1), el hombre se siente “acuciado por el amor de este conocimiento” y por lo tanto “se aferró constantemente a él” (1,4) con la seguridad de conocer hacia dónde se dirige, habiendo ya experimentado en la luz la fuerza del amor. Es esta experiencia también, la que hace exclamar al salmista “gustad y ved”.

Ahora bien, ¿de qué amor se trata? San Juan había establecido el principio que el conocimiento de Dios se verifica en el amor al prójimo, más aún, es la caridad fraterna –amar al hermano a quien se ve– la que nos permite amar a Dios –a quien no se ve– (cf. *1 Jn* 4,20). Este principio guía asimismo, el pensamiento del Confesor.

Para San Máximo el vicio que directamente se opone a la caridad es la “cólera” (cf. 1,75), pues irritarse o mostrarse perverso es apartarse de la caridad y apartarse de ella es apartarse de Dios, puesto que Dios es caridad (1,38). El estableció, en su designio salvífico, unificar por la fe y el amor espiritual a quienes el vicio había dividido; a tal efecto envió a su Hijo, para que Él convoque, mediante sus padecimientos, a todos en el amor. Él deja abierto con su pasión el camino del amor paciente que han de seguir quienes deseen ser sus discípulos, quienes abrazan la ruta de la “Sabiduría según Cristo”. Así, “no soportar incomodidades ni tolerar los castigos, o perder la paciencia bajo las penas, es dejar este camino del amor divino y las intenciones de la Providencia”.

El mal ocasionado a un hermano impide todo contacto familiar con Dios, él hace nacer en la conciencia un sentimiento de tristeza que obstaculiza la oración (cf. 2,68; 4,32. 35). Es aquí donde el combate contra el amor egoísta –*philotia*– se hace más vivo, más acuciante; él impide que se instaure en el fondo del alma el reino de la verdadera caridad: “Cesa de complacerte a ti mismo –dice Máximo– y estarás sin aversión hacia tu hermano; cesa de amarte, y serás amigo

³⁷¹ *Ágape*, t. 3. Paris, 1959, p. 194.

de Dios” (4,37).

Aunque no se hable explícitamente de la “apátheia”, ella está implicada en la práctica del amor al prójimo. Ella “está al servicio del programa paulino de la conquista del mundo haciéndose ‘todo a todos’. Esta conquista del mundo por la ‘apátheia’ no es apostólica, es ‘gnóstica’³⁷²; ella se cumple enteramente en el dominio íntimo e invisible del alma”³⁷³. Por ella se transfigura la “pasión de philotía” en esa “bienaventurada pasión de la santa caridad” que hace que el espíritu se adhiera a los objetos de la contemplación, prefiriendo lo divino a lo creado (cf. 3,67; 2,26; 3,71), para poder así, amar lo creado como Dios lo ama, con libertad, en paz, porque el “Dios bueno y carente de pasiones” (1,25) ama a todos los hombres por igual, quien alcanza esta perfección se asemeja en lo que Dios tiene de más propio: su amor bienaventurado:

“Bienaventurado el hombre que es capaz de amar por igual a todos los hombres” (1,17).

“Bienaventurado el hombre que no se aficiona a nada corruptible o temporal” (1,18).

“Bienaventurado el hombre que habiendo pasado más allá de todas las criaturas, goza sin cesar en la divina hermosura”(1,19).

En la caridad está contenida la paz interior, y a su vez, la paz sostiene la caridad. Una ilumina al alma, la otra la unge, haciendo que ella busque la fuente de esta luz y de esta unción: la “divina hermosura”. De este modo se realiza el conocimiento de Dios incognoscible e impasible que es Amor.

2.3 La oración pura

Máximo no nos define lo que es la oración pura, ni nos da un análisis psicológico de ella, él se restringe a señalar el movimiento por el cual ella se realiza:

“Cuando el espíritu es transportado por el ardor de la caridad y emigra hacia Dios, no advierte absolutamente nada, ni a sí mismo ni a cosa alguna. Iluminado por la luz infinita de Dios no percibe ninguna de las criaturas, como le sucede al ojo sensible que no ve las estrellas cuando sale el sol” (1,10).

Es mediante esta “emigración “ que el alma se encuentra con su Dios.

Para Evagrio la “Teología” es el conocimiento que el espíritu tiene de sí mismo, que al reconocerse como “imagen” reconoce en ella a Dios. San Máximo en cambio asume la doctrina extática del Seudo-Dionisio, pues hace de la Ciencia divina una pérdida del alma fuera de sí, una “extraversión” del espíritu que es transportado por la caridad divina. Así la naturaleza humana es “regenerada” aprendiendo a amar con el amor generoso con que Dios ama³⁷⁴.

Según el Areopagita todos los seres proceden de un “éxtasis divino”, del “Eros” de Dios. Habiendo nacido de este amor extático deben volver hacia allí para unirse al “Uno” en la unidad de su Amor mediante el “éros” que refluye hacia su fuente. En el hombre este movimiento consiste en la total abnegación de sí, en el “exilio”, en la “salida de sí”. De este modo podrá ser poseído totalmente por Dios. Al iniciar su “Teología Mística” dice dirigiéndose a Timoteo: “abandona ¡as sensaciones y las operaciones intelectuales y todo lo sensible e inteligible y todo lo que no es y todo lo que es, y en ¡a medida de lo posible déjate elevar, abandonándote, hacia

³⁷² Estos dos términos utilizados por el autor citado pueden prestarse a confusión, él dice “apostólica” en el sentido de “apostolado”, gnóstica, como sinónimo de espiritual.

³⁷³ H. U. von BALTHASAR, *Liturgie Cosmique*, Paris, 1947, p. 213.

³⁷⁴ Cf. L. BOUYER, *Histoire de la spiritualité chrétienne, t. 1: La spiritualité du Nouveau Testament et des Pères*, Paris, 1966, p. 519.

lo (que está) más allá de toda esencia y de todo conocimiento; pues por medio de un éxtasis irresistible, limpiamente liberado de tí mismo y de todas las cosas, abandonándolo todo y liberándote de todo, serás elevado hacia la irradiación supraesencial de la divina tiniebla”³⁷⁵.

Aquí la inteligencia renuncia a sus formas habituales de pensar, simplificándose paulatinamente hacia lo “uno”. Ahora bien, cuando cree alcanzarlo es como detenida y se encuentra como en una noche.

Así el espíritu “lleno de caridad”, iluminado por el deseo del amor y arrebatado por el conocimiento divino, conoce la “infinitud de Dios”, y, estupefacto, “reconoce su miseria diciendo con fervor con el profeta Isaías: ‘Ay de mí que soy un hombre de labios impuros, y vivo en un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al rey Yahvéh Sebaot’ (Is 6,5)” (1,12).

Al fin del dinanismo, que decíamos, define para Máximo la vida del espíritu, sólo permanece una única realidad: la de Dios que seduce y espera a su creatura para hacerla feliz en su luz. Todo lo otro, es relativizado ante la presencia del Totalmente Otro, del Amor subsistente que crea, sostiene, redime y transforma al hombre, con su gracia.

Esperamos que la lectura detenida y gustada, de las Centurias, de las que ahora se publica tan sólo la primera, haga nacer en el corazón de los monjes, esa luz del amor que se nos promete, para que dilatado el corazón cumplamos en la Iglesia la misión que nos incumbe: ser testigos del Amor absoluto de Dios. Recordemos las palabras del Papa Juan Pablo II en la Bula de convocación del Jubileo para el 1950 aniversario de la Redención: “La gracia específica del Año Jubilar de la Redención es pues un renovado descubrimiento del amor de Dios que se da, y es una profundización de las riquezas inescrutables del misterio pascual de Cristo, hechas propias mediante la experiencia cotidiana de la vida cristiana, en todas sus formas” (nº 8). Es de desear que la forma monástica de la vida cristiana, nos haga dóciles a esta gracia, y para ello se nos invita a meditar acerca de la caridad, fuente y fin de toda vida de fe.

TEXTO³⁷⁶

Primer centuria

1. La caridad es una santa disposición del alma por la cual ésta aprecia más el conocimiento (*gnosis*) divino que cualquier otra cosa. Llegar a la posesión habitual de esta caridad, no le será posible a aquél que todavía conserve afecto por algo terrenal.
2. La caridad nace de la paz interior (*apátheia*); la paz interior, de la esperanza en Dios; la esperanza, de la paciencia y de la magnanimidad; éstas, del dominio de sí (*enkráteia*); el dominio de sí, del temor de Dios; y el temor de Dios, de la fe en el Señor.
3. Quien cree en el Señor teme el castigo; quien teme el castigo domina las pasiones; quien domina las pasiones lleva con paciencia los sufrimientos; quien lleva con paciencia los sufrimientos alcanza la esperanza en Dios; la esperanza en Dios separa el espíritu de todo afecto terrenal; y el espíritu así separado de esto alcanzará el amor de Dios.
4. Quien ama a Dios le da más importancia a su conocimiento que a todo lo creado por Él, y acuciado por el amor de este conocimiento, se aferra constantemente a Él.
5. Si todas las cosas han sido hechas por Dios y para Dios, Dios está sobre todas las

³⁷⁵ MT. 1,1; PG 3,997-1000A; ver G. HORN, *Amour et extase d'après Denys L'Aréopagite*, RAM 6 (1925) pp. 278-289.

³⁷⁶ Traducción: P. Pablo Sáenz, OSB. Monasterio de San Benito. Luján – Argentina.

criaturas. Así, pues, quien abandona a Dios, que es incomparablemente superior, para entregarse a las cosas inferiores, muestra que aprecia más a las criaturas que a Dios.

6. Quien tiene su espíritu fijo en Dios por la caridad, menosprecia todo lo visible, hasta su propio cuerpo, como algo extraño.

7. Puesto que el alma es superior al cuerpo, y que Dios, que creó el mundo, es incomparablemente superior a éste, aquel que antepone el cuerpo al alma, y el mundo creado por Dios a su Creador, en nada se diferencia de los idólatras.

8. Aquel que aparta su espíritu del amor y de la dedicación a Dios, para fijarlo en algo sensible, ése es el que antepone el cuerpo al alma y la criatura a su Creador.

9. Puesto que la vida del espíritu es la luz del conocimiento, y que es el amor de Dios quien produce esta luz, rectamente se afirma que no hay nada mejor que el amor divino.

10. Cuando el espíritu es transportado por el ardor de la caridad y emigra hacia Dios, no advierte absolutamente nada, ni a sí ni a cosa alguna. Iluminado por la luz infinita de Dios no percibe ninguna de las criaturas, como le sucede al ojo sensible que no ve las estrellas cuando sale el sol.

11. Todas las virtudes ayudan al espíritu a encaminarse hacia el amor ardiente de Dios, pero más que todas ellas, la oración pura. Ese espíritu es llevado en sus alas hacia Dios, y se escapa de todas las criaturas.

12. Cuando el espíritu, lleno de caridad, es arrebatado por el conocimiento divino y sale fuera de las criaturas, descubre la infinitud divina. Al darse cuenta estupefacto de su propia miseria dice con fervor; como el bienaventurado profeta Isaías, estas palabras suyas: “Ay de mí que soy un hombre de labios impuros, y vivo en un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al rey Yahvé Sebaoth” (*Is* 6,5).

13. Quien ama a Dios no puede dejar de amar a cada uno de los hombres como a sí mismo, aunque le cueste soportar las pasiones no purificadas de aquellos. Por eso, cuando ve su conversión y enmienda, se alegra con una alegría sin medida e indecible.

14. El alma dominada por las pasiones es impura: pensamientos de concupiscencia y de odio la repletan.

15. Quien descubre en su corazón la huella del odio contra alguien, porque ha recibido de ese tal alguna ofensa, se halla totalmente alejado del amor de Dios, porque amor de Dios y odio hacia un hombre son cosas incompatibles,

16. “Quien me ama –dice el Señor– guardará mis mandamientos” (*Jn* 14,15). Y “éste es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros” (*Jn* 15,12). Así, pues, el que no ama a su prójimo no guarda el mandamiento, y si no guarda el mandamiento, no ama a Dios.

17. Bienaventurado el hombre que es capaz de amar por igual a todos los hombres.

18. Bienaventurado el hombre que no se aficiona a nada corruptible o temporal.

19. Bienaventurado el hombre que habiendo pasado más allá de todas las criaturas, goza sin cesar de la divina hermosura.

20. Aquel que “cuida su carne para satisfacer su concupiscencia” (*Rm* 13,14), y que guarda rencor contra su prójimo por cosas temporales, ese tal “adora la criatura en lugar del Creador” (*Rm* 1,21).

21. Aquel que preserva a su cuerpo del placer y de la enfermedad, hace de él un conserivo al servicio de las realidades más altas.
22. El que huye de las concupiscencias de este mundo está por encima de todas las tristezas de este mundo.
23. Quien ama a Dios, ama también a su prójimo sin reservas. Ese tal no puede guardarse para sí sus bienes sino que, como lo hace Dios, los distribuye, dándolos a todos los necesitados.
24. Quien hace limosna al modo de Dios, da a todos equitativamente según lo han menester, considerando sus necesidades corporales, sin hacer diferencia entre bueno y malo, justo o injusto. Pero prefiere al virtuoso a causa de sus buenas disposiciones.
25. Dios, que por su naturaleza es bueno y carece de pasiones, ama a todos por igual, porque son criaturas suyas. Glorifica al virtuoso por estar estrechamente unido a Él por su voluntad; al malo, en cambio, lo trata con compasión por su bondad, y lo corrige en esta vida para que se convierta. Del mismo modo, el hombre que tiene una mente buena y libre de pasiones ama por igual a todos los hombres: a los buenos, en razón de su naturaleza y de su voluntad buena; a los malos, en razón de su naturaleza, y por la piadosa misericordia que se le tiene a un loco que anda en tinieblas.
26. La caridad se manifiesta no sólo en el hecho de repartir los bienes, sino, mucho más, en la distribución de la palabra de Dios y en el servicio corporal.
27. Quien renuncia de verdad a las cosas de este modo, e impulsado por la caridad, sirve a su prójimo con sinceridad, ese tal se libra rápidamente de toda pasión y se hace partícipe del amor y del conocimiento de Dios.
28. El que posee en sí mismo la caridad divina, no se cansa de seguir al Señor su Dios, como dice Jeremías, sino que sobrelleva todo trabajo, injuria y afrenta, sin querer para nadie el menor mal.
29. Si alguien te afrenta o te desprecia por algo, ten cuidado entonces de los pensamientos de ira, no sea que éstos, con su amargura, te aparten de la caridad y te lleven a la región del odio.
30. Cuando sufras alguna afrenta o desprecio, considera que has recibido una gran ayuda, pues la economía divina dispuso que la vanidad fuera expulsada de ti por la humillación.
31. Como no basta el recuerdo del fuego para calentar el cuerpo, así la fe sin la caridad no produce en el alma la luz del conocimiento.
32. Como la luz del sol atrae al ojo sano, así el conocimiento de Dios atrae naturalmente, por la caridad, al espíritu puro.
33. Espíritu puro es aquel que se ha apartado de la ignorancia y es iluminado por la luz divina.
34. Alma pura es aquella que, libre de pasiones, está siempre llena de alegría por el amor divino.
35. La pasión reprobable es un movimiento del alma contrario a su naturaleza.
36. La 'apátheia' es un estado de paz del alma. Estando allí, difícilmente puede ser llevada

al mal.

37. El que alcanzó con esfuerzo los frutos de la caridad, no los abandona aunque, tenga que padecer males innumerables. Es lo que nos enseña san Esteban, discípulo de Cristo, y los que son como Él, y aún el mismo Salvador, que oraba al Padre por sus verdugos y le pedía que los perdonara porque no sabían lo que hacían.

38. Si la caridad es “paciente y benigna”, quien se irrita y obra con maldad se aparta evidentemente de la caridad; y quien se aparta de la caridad se aparta de Dios, porque Dios es caridad (*1 Jn 4,8*).

39. “No digáis que sois templo del Señor” dice el divino Jeremías (7,4). Y tú no vayas a decir: ‘La sola fe en Jesucristo nuestro Señor puede salvarme’, pues esto no es posible si no adquieres con obras el amor hacia Él. En cuanto a la sola fe: “hasta los demonios creen y tiemblan” (*St 2,19*).

40. Son obras de la caridad el hacer bien de corazón al prójimo, la magnanimidad, la paciencia y el usar las cosas según la recta razón.

41. Quien ama a Dios no contrista a nadie, ni contra nadie se entristece por cosas temporales. Solamente causa una tristeza saludable, y también la padece, es a saber, la misma tristeza que entristecía a san Pablo, por la cual éste entristeció a los Corintios.

42. Quien ama a Dios lleva en la tierra una vida angélica, entregado al ayuno, a las vigiliass, a la salmodia y a la oración. Y siempre piensa bien de todo hombre.

43. Quien desea algo se esfuerza por alcanzarlo. Ahora bien, si Dios es incomparablemente mejor y más apetecible que todas las cosas buenas y apetecibles ¡qué diligencia no debemos emplear para alcanzar a Aquel que es bueno y deseable por su misma naturaleza!

44. No manches tu carne con acciones vergonzosas, ni ensucies el alma con pensamientos malos, y la paz de Dios que trae consigo la caridad vendrá sobre ti.

45. Castiga tu carne con el ayuno y la vigilia, entrégate sin descanso a la salmodia y a la oración, y la santificación de la castidad que trae consigo la caridad vendrá sobre ti.

46. Quien fue juzgado digno del divino conocimiento y alcanzó su iluminación, jamás será conturbado por el espíritu de la vanagloria. En cambio, quien todavía no mereció este conocimiento es fácilmente asediado por él; pero si en todas sus acciones considera a Dios y hace todo por Él, fácilmente escapará de este peligro con la ayuda de Dios.

47. Quien no llegó al divino conocimiento que se alcanza por la caridad, se enorgullece por las acciones que realiza según Dios. Pero cuando consiguió ser digno de él, dice con fervor las palabras que pronunció el patriarca Abrahán cuando se le concedió presenciar la manifestación divina: “Yo soy polvo y ceniza” (*Gn 19,27*).

48. Quien teme al Señor tiene siempre a la humildad por compañía. Gracias a los pensamientos que ella le sugiere, llega a alcanzar la caridad divina y la acción de gracias. Ella le recuerda cuan mundanamente vivía antes, y los diversos tropiezos y tentaciones que tuvo desde su juventud, y cómo el Señor lo libró de todo esto y lo hizo pasar de una vida dominada por las pasiones a una vida según Dios. Entonces, con temor, se abraza a la caridad, y da gracias sin cesar muy humildemente al benefactor y guía de nuestra vida.

49. No manches tu espíritu aceptando pensamientos de concupiscencia y de ira; si no, de la oración pura caerás en la acedia espiritual.

50. El espíritu pierde toda confianza en su trato con Dios cuando se habitúa a pensamientos malos y sucios.

51. Cuando un movimiento de cólera agita a un insensato que es juguete de sus pasiones, éste se apresura a huir irracionalmente de sus hermanos. Por el contrario, si la concupiscencia lo inflama, cambia de parecer y corre de nuevo a su encuentro. El sabio, en cambio, en ambas ocasiones obra de otra manera: en los momentos de cólera arroja de sí las causas de su turbación y se libra así de toda amargura contra sus hermanos; en los de concupiscencia, en cambio, domina el impulso irracional de estar con ellos.

52. A la hora de la tentación no abandones tu monasterio, sino soporta con generosidad las oleadas de los pensamientos, especialmente los de tristeza y acedia. De este modo, al ser probado por las aflicciones según disposición providencial, alcanzarás una firme esperanza en Dios. En cambio, si te vas, mostrarás que eres un reprobado, un cobarde y un inestable.

53. Si no quieres perder la caridad de Dios, no permitas que tu hermano se vaya a acostar disgustado contigo, ni tú te acuestes disgustado con él, sino “ve a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve” (*Mt 5,24*) y ofrece a Cristo, con conciencia pura, el don de la caridad, por una oración fervorosa.

54. Si, como enseña el divino Apóstol, todos los dones del Espíritu de nada aprovechan al que no tiene caridad (cfr. *1 Co 13,1*), ¡cuánto empeño debemos poner para alcanzarla!

55. Si “la caridad no hace mal al prójimo” (*Rm 13,10*), aquel que tiene envidia de su hermano, que se entristece por su buena fama, que mancha su reputación con burlas, o que, por maldad, le pone acechanzas en algo, ¿acaso no abandona la caridad y se hace reo del juicio eterno?

56. Si “la plenitud de la ley es la caridad” (*Rm 13,10*), aquel que guarda rencor contra su hermano y maquinando fraudes contra él, que le desea el mal y se alegra de su caída ¿acaso no es un transgresor de la ley, digno del castigo eterno?

57. “El que murmura contra su hermano o juzga a su hermano, murmura contra la ley y juzga la ley” (*St 4,11*), y la ley de Cristo es la caridad. ¿Cómo, pues, el que murmura no se excluirá él mismo de la caridad de Cristo y se hará a sí mismo reo del castigo eterno?

58. No prestes tu oído a la lengua que murmura, ni entregues tu lengua al oído del que ama la crítica, hablando u oyendo hablar con gusto contra tu prójimo, para que no te apartes de la caridad divina y seas excluido de la vida eterna.

59. No toleres que insulten a tu padre ni apruebes al que lo desprecia, no sea que el Señor se irrite con tus obras y te borre de la tierra de los vivientes.

60. Cierra la boca del que murmura a tus oídos para no cometer con él una doble falta: la de adquirir el hábito de una pasión miserable, y la de no haber impedido decir necedades contra tu prójimo.

61. “Yo os digo –dice el Señor– amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; orad por los que os calumnian” (*Mt 5,44*) ¿Para qué estos preceptos? Para que te veas libre del odio, de la tristeza, de la cólera y del rencor, y para que seas digno del bien supremo que es la caridad perfecta. La cual no puede poseerse si no se ama igualmente a todos los hombres, tal como lo hace Dios que ama por igual a todos los hombres y quiere que se salven y lleguen a conocer la verdad.

62. “Yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, si alguien te pega en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiera llevarte a juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto; y si alguien te fuerza a caminar una milla, anda con él dos” (*Mt 5,39*). ¿Por qué? Porque El quiere preservarte de la cólera, de la turbación y de la tristeza, y darle al otro una lección por medio de tu paciencia, y, en su bondad, poneros a los dos bajo el yugo de la caridad.

63. Todo aquello que nos ha afectado deja en nosotros imágenes apasionadas. Solamente cuando uno vence estas imágenes apasionadas, desprecia también los objetos que las originan. Más penoso, en efecto, es luchar contra los recuerdos que contra los objetos mismos, así como es más fácil pecar de pensamiento que de obra.

64. Unas pasiones son propias del cuerpo y otras del alma. Las del cuerpo tienen su origen en el cuerpo mismo, y las del alma en las cosas exteriores. La caridad y el dominio de sí mismo extinguen las dos: aquella las del alma, éste las del cuerpo.

65. Unas pasiones corresponden a la parte irascible del alma, y otras a la parte concupiscible. A unas y otras las despiertan las cosas sensibles cuando la caridad y el dominio de sí mismo están ausentes del alma.

66. Mucho más difícil es combatir las pasiones de la parte irascible que las de la parte concupiscible. Por eso el Señor ha dado contra aquellas un remedio más enérgico, el precepto de la caridad.

67. Todas las pasiones afectan, o solamente la parte irascible o solamente la parte concupiscible del alma, o también la parte racional, como por ejemplo, el olvido o la ignorancia. La acedia, en cambio, alcanza a todas las potencias del alma y conmueve simultáneamente a casi todas las pasiones. El Señor nos dio un espléndido remedio contra ella cuando dijo: “Por vuestra paciencia salvaréis vuestras almas” (*Lc 21,19*).

68. No causes nunca daño a ninguno de tus hermanos, sobre todo injustamente, no sea que éste no pueda soportar la angustia y se vaya, pues entonces no podrás escapar a la acusación de tu conciencia que, en el tiempo de la oración te traerá amargura, e impedirá a tu espíritu tratar confiadamente con Dios.

69. No aceptes las sospechas ni toleres a las personas que te escandalizan contra alguien. Los que se escandalizan de lo que sucede, ya sea voluntaria o involuntariamente, no conocen el camino de la paz que, por la caridad, lleva al conocimiento de Dios a aquellos que aman apasionadamente este conocimiento.

70. No tiene todavía caridad perfecta aquel cuyas disposiciones interiores dependen de juicios humanos, como por ejemplo, si ama a uno y odia a otro por cualquier cosilla, o si cambia su amor en odio por razones semejantes.

71. La caridad perfecta no hace distinción entre los hombres a causa de sus diferentes cualidades, porque todos tienen una misma naturaleza. Considerando siempre esta naturaleza, los ama a todos por igual, a los buenos como amigos y a los malos los ama como enemigos. A estos últimos los ama para hacerles bien, soportando con magnanimidad y paciencia lo que recibe de ellos. No piensa decididamente mal de ellos, sino que, por el contrario, si se presenta la ocasión, sufre por ellos a fin de hacérselos amigos, si fuera posible. Si no lo consigue, no abandona su actitud, sino que brinda siempre frutos de caridad a todos los hombres por igual. Así nuestro Señor Jesucristo mostró su caridad para con nosotros padeciendo por toda la humanidad, y a todos les concedió gratuitamente la esperanza de la resurrección, si bien cada uno es el que se hace digno de la gloria o del castigo.

72. Quien no desprecia gloria o deshonra, riqueza o pobreza, placer o amargura, no ha

alcanzado aún la caridad perfecta. Porque la caridad perfecta desprecia no sólo todo esto sino aún la misma vida temporal y la muerte.

73. Oye cómo hablan los que han sido juzgados dignos de la caridad perfecta: “¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Conforme está escrito: ‘Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día; somos considerados como ovejas destinadas al matadero’. Pero en todas estas cosas vencemos plenamente por Aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo futuro, ni potestades, ni altura ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro” (*Rm 8,35-39*).

74. Oye de nuevo cómo se expresan acerca del amor al prójimo: “Digo la verdad en Cristo, no miento, y mi conciencia da testimonio de ello por el Espíritu Santo, de que siento una gran tristeza y un dolor incesante en mi corazón. Hasta desearía yo mismo ser separado de Cristo por mis hermanos, los de mi raza según la carne, los israelitas” (*Rm 9,1-3*), etc. Y lo mismo dicen Moisés y los otros santos, (cfr. *Ex 32,21*).

75. Quien no desprecia la gloria y el placer, y aquello que los aumenta y que los mantiene, esto es, el amor al dinero, no puede hacer desaparecer los pretextos para airarse, y sin esto no puede alcanzar la caridad perfecta.

76. La humildad y el sufrimiento libran al hombre de todo pecado: aquella extingue las pasiones del alma, éste las del cuerpo. El bienaventurado David nos lo enseña cuando ora a Dios diciendo: “Mira mi humildad y mi pena y perdona todos mis pecados” (*Sal 24,18*).

77. El Señor, por medio de los mandamientos, libra de las pasiones a aquellos que los practican; y por medio de las enseñanzas divinas concede la iluminación del conocimiento.

78. Todas estas enseñanzas son acerca de Dios, o acerca de los seres visibles o invisibles, o acerca de la Providencia y del juicio de Dios sobre éstos.

79. La limosna sana la parte irascible del alma; el ayuno amortigua la concupiscible; la oración purifica el espíritu y prepara para la contemplación de los seres; y como remedio de las potencias del alma, el Señor también nos ha dado sus mandamientos.

80. “Aprended de mí –dice– que soy manso y humilde de corazón” (*Mt 11,29*), etc. La mansedumbre mantiene en paz la parte irascible del alma, y la humildad al espíritu del orgullo y de la vanagloria.

81. Hay dos clases de temor de Dios. Uno nace de nosotros por las amenazas del castigo, y, a su vez, engendra progresivamente en nosotros el dominio de nosotros mismos, la paciencia, la esperanza en Dios y la paz interior, cuyo fruto es la caridad. El otro, que acompaña a la caridad, mantiene siempre al alma en actitud de reverencia para que la confianza que proviene de la caridad no degenera en desprecio de Dios.

82. La caridad perfecta arroja fuera del alma que la posee el primer temor para que ésta no tema ya el castigo, pero, como se dijo, conserva siempre unido a sí el segundo temor. Al primer temor se aplica aquello de “por el temor del Señor todo hombre se aparta del mal” (*Pr 14,27*), y, “el comienzo de la sabiduría es el temor del Señor” (*Pr 1,7*). Al segundo, aquello de “el temor del Señor es puro y permanece por los siglos de los siglos” (*Sal 18,10*), y “nada les falta a los que lo temen” (*Sal 33,10*).

83. “Haced morir vuestros miembros, los de la tierra: la fornicación, la impureza, la pasión, el mal deseo y la codicia” (*Col 3,5*), etc. Tierra significa aquí la prudencia de la carne;

fornicación, el acto mismo del pecado; impureza, el consentimiento; pasión, el pensamiento apasionado; mal deseo, la simple aceptación del pensamiento de concupiscencia; y codicia, aquello que hace nacer y crecer la pasión. El divino Apóstol nos manda hacer morir a todos estos miembros de la prudencia de la carne,

84. La memoria comienza trayendo al espíritu un pensamiento simple. Si éste se demora, se despierta la pasión. Si ésta no es apartada, impulsa al espíritu al consentimiento. Una vez que éste se produce, llega lo que falta, esto es, el acto del pecado. Por eso el sapientísimo Apóstol, escribiendo a convertidos del paganismo, les manda remover primero el acto del pecado, y luego, remontando ordenadamente, suprimir la causa. La causa, como se dijo, que hace nacer y crecer la pasión es la codicia. Creo que ‘codicia’ significa aquí ‘gula’, que es la que engendra y nutre la lujuria. Pues no sólo es mala la codicia de las riquezas sino también la de alimentos, así como la temperancia es buena no solamente cuando se refiere a éstos sino también al dinero.

85. Si un pájaro atado de una pata trata de volar, tirado por la cuerda, cae en tierra. Así el espíritu que no posee la paz interior y quiere volar hacia el conocimiento de las realidades celestiales, cae en tierra tirado por las pasiones.

86. El espíritu, recién cuando se halla totalmente libre de pasiones, camina hacia la contemplación de los seres sin volverse atrás, y avanza hacia el conocimiento de la Santa Trinidad.

87. El espíritu purificado, cuando alcanza las nociones de los seres, avanza hacia su contemplación espiritual. Si se vuelve impuro por alguna negligencia, todavía se representa en su pureza las nociones de otros seres, pero como anda en cosas humanas, se vuelve hacia pensamientos bajos y malos.

88. Si en el tiempo de la oración, los pensamientos mundanos no te turban nunca el espíritu, sabe que ya no estás fuera de la región de la paz interior.

89. Cuando el alma comienza a percibir su buena salud, sus imaginaciones, aún en sueños, comienzan también a ser simples y sosegadas.

90. Como la belleza de las cosas visibles atrae al ojo sensible, así el conocimiento de las invisibles atrae al espíritu purificado, ¿llamo invisible a lo que no tiene cuerpo.

91. Si es bueno el no dejarse seducir por las cosas, mucho mejor es el permanecer en paz frente a sus imágenes. Por eso la guerra que nos hacen los demonios a través de los pensamientos es más gravosa que la que nos hacen por medio de las cosas.

92. Quien practica rectamente las virtudes y ha adquirido el tesoro del conocimiento ve las cosas según su naturaleza y, en consecuencia, todo lo hace y dice según la recta razón, sin equivocarse nunca. Porque lo que nos hace virtuosos o malos es el uso racional o irracional que hacemos de las cosas.

93. Es síntoma de haber alcanzado gran paz interior el hecho de que las representaciones de las cosas que surgen en el corazón sean siempre simples, tanto en vigilia como en el sueño.

94. El espíritu se despoja de las pasiones por la práctica de los mandamientos; de las representaciones cargadas de pasión por la contemplación espiritual de las cosas visibles; de la contemplación de las cosas visibles por el conocimiento de las realidades invisibles; y de éste por el conocimiento de la Santa Trinidad.

95. Cuando sale el sol que ilumina este mundo, se hace visible él mismo y las cosas que ilumina. Así, cuando se levanta el sol de justicia en el espíritu purificado, se hace visible él

mismo y las razones de todo lo que Él creó y creará.

96. A Dios no lo conocemos en su esencia sino a través de sus obras magníficas y de su providencia para con sus criaturas. De este modo percibimos como en un espejo, su bondad, su sabiduría y su poder infinitos.

97. El espíritu purificado o se ocupa en representaciones simples de las cosas humanas, o en la contemplación natural de las cosas visibles o invisibles, o se halla en la luz de la Santa Trinidad.

98. El espíritu que llegó a la contemplación de las cosas visibles, investiga su naturaleza o su significado o la misma causa de ellas.

99. El espíritu que se entrega a la contemplación de las cosas invisibles quiere conocer su naturaleza, la causa de su existencia y sus consecuencias, como también cómo actúa la Providencia y el Juicio divino sobre ellas.

100. Pero cuando llega a Dios, inflamado por el deseo, quiere ante todo conocer su esencia, pues no encuentra consuelo en nada que no sea Él. Pero alcanzar esto es imposible, pues esto es inaccesible por igual a toda naturaleza creada. Debe, pues, contentarse con los atributos que lo rodean, esto es, su eternidad, su infinitud, su invisibilidad, su bondad, su sabiduría y el poder con el que crea, cuida y juzga las cosas. Todo esto sólo es perfectamente comprensible en Él. Su infinitud, y aún el hecho mismo de su incognocibilidad, es un conocimiento que trasciende el espíritu, como lo mostraron en algún lugar los teólogos Gregorio y Dionisio.